

Para un mejor aprovechamiento del tema, se recomienda seguir los siguientes pasos:

- Que cada cónyuge realice una primera lectura individual.
- Que, posteriormente, lo lean conjuntamente ambos cónyuges para profundizar en el texto, consultar referencias, poner en común y establecer un diálogo entorno a las preguntas conyugales.
- Que, finalmente, se trabajen las preguntas para el diálogo en equipo preparando así la reunión.

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

IV. “TE DARÉ UN CORAZÓN NUEVO” (Ez 36,26): EL RESUCITADO GOZA Y SUFRE POR MÍ HOY

1)	INTRODUCCIÓN	1
2)	“NOS SOSTIENE EN SU MANO DERECHA”: CRISTO GOZA Y SUFRE CON NOSOTROS HOY	2
3)	“DE SU BOCA SALE UNA ESPADA”: LA HISTORIA DE CRISTO SE CRUZA CON LA NUESTRA	3
4)	“SU ROSTRO ES COMO EL SOL”: CRISTO ABRE UN FUTURO DE FECUNDIDAD	4
5)	CONCLUSIÓN: UN CORAZÓN QUE DILATA NUESTRA VIDA	5
6)	PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO CONYUGAL	6
7)	PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO EN EQUIPO	6
2.	¿QUÉ PALABRAS DE CRISTO SON MÁS RELEVANTES PARA NUESTRA SITUACIÓN FAMILIAR ACTUAL? 6	
8)	PRÁCTICAS	6

1) Introducción

¿Qué celebramos en este Jubileo? No sólo que un corazón empezó a latir hace 2025 años, sino que ese corazón sigue latiendo hoy. No sólo que Cristo “me amó y se entregó a la muerte por mí” (Gál 2,20), sino que Él es “el que nos ama” (Ap 1,5). No solo amor pasado, que no mueve molino; sino amor presente y futuro, que cuece panes.

Cristo ha resucitado, no solo en espíritu, sino en carne. Su corazón, sus afectos, su amor, están vivos. Y por eso, participar de ellos significa multiplicar tu vida y la de tu familia. En los primeros tres temas hemos visto lo que hay en el corazón de Cristo. Vamos a ver ahora cómo el fuego de su corazón enciende fuego en el nuestro.

Y veremos, sobre todo, que enciende fuego en nuestras familias. La familia es el lugar donde entendemos la importancia del corazón y del afecto que en él se cultiva. Gracias al afecto podemos compartir la vida y, al compartirla, la agrandamos. Gracias al afecto el trabajo es común y, al ser común, da más fruto. Gracias al afecto miramos juntos el mundo y, al mirarlo juntos, nuestro mirar se ahonda.

Pues bien, estos afectos son clave para unirnos a Jesús y para que Él nos transforme. Podríamos pensar que ser discípulos suyos consiste en llevar adelante sus proyectos. O en compartir sus ideas. Ahora bien, si esto fuera todo, no se podría hablar de una tarea común con Jesús, o de una historia o visión comunes. No bastan ideas o planes para tener vida juntos. Para tener vida juntos hace falta corazón. Y Jesús tiene corazón porque ha resucitado.

San Juan, en la isla de Patmos, tuvo una visión de Jesús en que se muestra bien este corazón que sigue ardiendo (*Ap 1,16*). Jesús aparece con ojos llameantes, espada en la boca, y una mano que sostiene a la Iglesia. Le vemos activo en sus sentidos: vista, oído, tacto. Son los sentidos del corazón, que permiten ver, escuchar y tocar lo profundo de la persona y de Dios. Repasándolos, entendemos la nueva medida que nos trae el amor de Cristo.

2) “Nos sostiene en su mano derecha”: Cristo goza y sufre con nosotros hoy

Comenzamos por el tacto. Jesús lleva a la Iglesia en su mano. Esto implica que nos toca y que puede ser tocado por nosotros. Lleva también en la mano a tu familia: le afecta lo que le pasa y Él puede transformarla.

Tendemos a imaginarnos al Resucitado como impasible. ¿No ha superado ya, con la Pascua, toda pena y aflicción? Ahora bien, si Jesús sigue teniendo corazón, un corazón nunca es solitario, comparte siempre pesar y gozo.

Atendamos al encuentro con Saulo en Damasco. El Señor le dice: “¿por qué me persigues?” Pablo persigue a Jesús porque Jesús es un solo corazón con los suyos y le conmueve lo que nos pasa. San Lucas nos dice que la multitud de los creyentes tenía “un solo corazón y una sola alma” (*Hch 4,32*). Ese “único corazón” es también uno con el corazón de Cristo.

Así lo vivieron los primeros mártires: Cristo sufría con ellos. Nos lo ilustra la novela *Quo vadis*. Jesús encuentra a Pedro que huye de Roma y le dice: “Voy a Roma, a ser crucificado de nuevo”. Pedro entonces decide regresar al martirio. ¿Qué hizo entonces Jesús? ¿Se dio la vuelta? No, las huellas de Jesús en la pequeña iglesia del *Quo vadis* en Roma no son huellas que giren, sino que apuntan a Roma. Jesús siguió su camino y cumplió lo que decía: fue crucificado de nuevo con Pedro, en Pedro.

Ahora bien, ¿cómo puede Cristo padecer, si ya ha resucitado y posee la plenitud de la gloria?

Resulta que el resucitado tiene afectos, pero afectos incorruptibles. Nuestros afectos son corruptibles porque pueden morir, sea porque el amor se enfría, sea por la ingratitud o por la traición. Pero el corazón de Cristo se ha forjado en medio de un abandono hasta la muerte. Confiando en su Padre, Él ha

transformado esa situación en situación de esperanza, que luego, al resucitar, se convirtió en gozo pleno.

Por eso, una vez resucitado, Cristo sigue teniendo afectos, pero los vive desde el gozo pleno del encuentro con el Padre. Una comparación puede ayudar: nosotros, al sentir una tristeza pasada, podemos vivirla con alegría, porque esa tristeza acabó siendo para bien. Podemos pensar que Cristo vive así nuestras tristezas. Las siente, pero experimentando ya su fruto último de vida eterna, y por tanto transformadas en gozo.

Un símbolo de esta afectividad incorruptible de Jesús son sus llagas gloriosas. El Resucitado no ha borrado sus heridas, que siguen abiertas, pero ahora llenas de luz. En estas llagas entra todo el dolor de los cristianos, para iluminarse desde el Resucitado.

El cristiano participa de estos afectos incorruptibles de Jesús. El corazón de Cristo nos infunde esperanza segura ante todo dolor y toda separación. Y nos lleva a la conversión, pues Él suscita amor incluso en quienes le odian y rechazan. Por eso la alegría es la nota de fondo de la vida cristiana: “Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos” (*Fil 4,4*). No tenemos que esperar a llegar al cielo para vivirla, pues se nos anticipa ya aquí y lo transforma todo.

¿Qué prácticas familiares y educativas nos ayudan a vivir los afectos desde el corazón de Jesús? ¿Cómo expresar, en los momentos de prueba, la primacía de su gozo?

3) “De su boca sale una espada”: la historia de Cristo se cruza con la nuestra

Del tacto pasemos al oído. En la visión de san Juan, Cristo lleva en su boca una espada (*Ap 1,16*). Nos dice así que su palabra no terminó al morir y resucitar, sino que sigue llamando. Él está aquí y se encuentra conmigo, me convoca a su seguimiento, repite para mí las bienaventuranzas que pronunció cuando caminaba por Galilea y Judea.

¿Cómo es esto posible? De nuevo, el fundamento está en la resurrección de su corazón.

Sólo cuando una persona muere podemos decir que está concluida su vida, y si ésta ha sido una vida feliz o desgraciada. Mientras la persona vive queda pendiente la sentencia final sobre sus acciones, ya que todo puede reescribirse de nuevo. Es posible, por ejemplo, la conversión y el perdón, que transforman el sentido de todo lo vivido anteriormente. Mientras vivimos, lo que una vez nos dio pena puede luego recordarse con alegría, si la cosa acabó bien. Y al revés. Por eso enseña la Biblia: no llores a nadie feliz hasta el momento de su muerte (cf. *Sir 11,28*).

Pues bien, ¿qué ocurre con la resurrección de Jesús? La resurrección significa que su vida no se cierra, sino que sigue abierta. Como el corazón de Jesús sigue vivo, y el corazón es el lugar de la memoria, cada nuevo acontecimiento se añade a los acontecimientos anteriores, y Él los recuerda juntos.

Así, por ejemplo, Cristo recuerda hoy la historia del joven rico, que es en sí un recuerdo triste. Pero ya no puede recordar esa historia sin unirla al recuerdo de san Antonio, que al escuchar este evangelio, dejó todo para seguirle. San Antonio transformó el recuerdo de Jesús, que ahora toma tintes alegres. Sólo al final de toda la historia podrá conocerse definitivamente la vida de Cristo, cuando haya atravesado la vida de todos los hombres que el Padre le ha confiado.

Podemos pensar también en el huerto de los Olivos. Decía santa Teresa que, cuando se sentía indigna de orar, meditaba en esta escena, porque sabía que Jesús nunca la echaría de allí, estando tan necesitado de compañía. Pues bien, ahora Jesús, al pensar en el Huerto, piensa en Teresa. Y cada hora santa que celebramos enriquece la memoria que Jesús tiene del Huerto. Gethsemaní está poblado de nuestras luchas, consuelos, esperanzas.

La resurrección significa, por tanto, que toda la historia de Cristo sigue abierta. Por eso podía decir Julián Marías que Cristo no resucita sólo en su edad madura perfecta, sino en todas las edades de su vida. Y así el Niño Jesús sigue vivo, como también el Jesús muchacho y joven. Él puede acompañarnos en todas las etapas de la vida, porque las sigue viviendo en su cuerpo resucitado, y puede hacerse niño con los niños, joven con los jóvenes, adulto con los adultos (san Ireneo de Lyon).

¿Y nosotros en nuestra familia? ¿En qué lugar del Evangelio estamos? ¿Cómo acompaña esta enfermedad, esta celebración, este reto? La pregunta es decisiva, pues cuando nos unimos al relato de Cristo Él nos regala un nuevo origen, en los dones del Padre, y un nuevo destino, en la fecundidad de esos dones. Y Él introduce en nuestra historia la fidelidad y el perdón, que nos permiten narrarla de principio a fin.

4) “Su rostro es como el sol”: Cristo abre un futuro de fecundidad

Según el libro del Apocalipsis la mirada del Resucitado nos ve y nos ilumina. Su rostro es como el sol, que lo contempla todo y lo llena de luz. Son los ojos del corazón, que miran con hondura. La mirada desde el corazón es aquella que reconoce los dones recibidos y, además, entiende cuál es la fecundidad de estos dones. Por eso es una mirada llena de futuro.

De este modo, el corazón vivo de Cristo no es solo compañía y consuelo, sino fuerza de futuro en nuestra vida. Jesús, en su discurso de despedida, dice a sus discípulos que Él les volverá a mirar, y que por eso se llenarán de alegría (Jn 16,22). Fijémonos: Cristo no dice que se alegrarán porque *le verán a Él*, sino porque *Él les mirará*. ¿Por qué esta mirada nos llena de alegría?

Es que, cuando el Resucitado nos mira, ve en nosotros nuestro destino, que consiste en unirnos a Él para dar fruto. Igual que hay miradas que condenan, y que nos dan miedo, hay también miradas que animan y dan esperanza. Son miradas que nos ven desde la plenitud que podemos alcanzar. Es la mirada de nuestros padres o maestros. El filósofo alemán Hans Jonas dedicó así uno de sus libros: “a mi mujer que, al creer que yo tenía algo que decir, me hizo decirlo”.

Cristo nos mira así, desde el proyecto último del Creador para nosotros. Nos quiere como somos, pero no solo: nos quiere como estamos llamados a ser. Sabernos mirados así por Cristo nos propulsa hacia esa meta.

Un ejemplo de esta mirada al futuro es la sorpresa. Afecta de modo especial al rostro que mira: las cejas se enarcan, los ojos se dilatan, al relajarse los músculos perioculares. Pues bien, si el Resucitado tiene afectos, puede también sorprenderse, como ocurrió en algunos pasajes del Evangelio. La relación con Jesús cobra vida cuando sabemos que cada día podemos sorprenderle, cada uno de nosotros y juntos en familia. Y que Él puede sorprendernos.

Este elemento de futuro introduce en nuestra relación con Cristo la ilusión. Cuando una persona nos hace ilusión es porque la relación con ella nos abre un futuro grande, que ya podemos pregonar en el presente. La consagración al corazón de Cristo que rezamos al empezar el día puede vivirse desde aquí: nos ofrecemos a Cristo para que Él dilate nuestra vida, para que nos sorprenda e ilusione hoy.

El corazón de Cristo abre, por tanto, nuestro futuro, pues nos lanza a la obra. La unión con Él no trae solo el consuelo de saberle junto a nosotros, sino una capacidad para obrar juntos. Queremos obrar por la alegría de que nuestra acción se entrelace con la suya, como cuando un futbolista se esfuerza en dar un buen pase para que su amigo lo transforme en gol. Y el que transforma el gol se alegra de poder completar la obra iniciada por su amigo. El corazón de Jesús hace alegre nuestro trabajo y nuestra misión.

Este trabajo común es motivo de confianza para perseverar en la obra. Cuando sufrimos por el bien de nuestra familia o comunidad podemos pensar: a Cristo le afecta esto más que a mí, y ese afecto le mueve a la acción, a trabajar conmigo para que puedan florecer todos los dones de Dios. Recordemos lo que dijo el Señor a santa Margarita María: “ocúpate tú de mí y de mis cosas, yo me ocuparé de ti y de las tuyas”.

5) *Conclusión: un corazón que dilata nuestra vida*

Cristo nos ama hoy: goza hoy, sufre hoy, hoy le sorprendemos, espera en nosotros hoy. Y gracias a ello puede dar forma a nuestra alegría, dolor, sorpresa y esperanza.

Si vivimos esto así, entonces Jesús entra hasta el fondo de nuestra familia. Pues Él pasa a dar forma a los afectos que unen a los esposos, a los hermanos, a los padres e hijos. Al tener corazón, Cristo no pertenece solo a nuestra vida aislada, sino a nuestra vida juntos. A quienes quieren relacionarse con Cristo aisladamente el Señor les responde como a las vírgenes sin aceite: “no os conozco”. Y es que Él nos conoce sólo desde nuestras relaciones.

Desde el corazón de Jesús miramos al hermano como aquel “por quien murió Cristo”; (*Rom 14,15*). Y miramos a nuestros hijos como aquellos por quienes sufrimos “hasta que Cristo se forme en ellos” (*Gál 4,19*). Y miramos a nuestro cónyuge desde la llamada a entregar la vida por él, como Cristo (*Ef 5,25-26*). Y miramos a nuestra familia como la familia que Él se adquirió para que cantáramos sus maravillas (*1Pe 2,9*).

En el tema de hoy hemos visto cómo Cristo, gracias a su corazón vivo, se hace más presente entre nosotros. Hemos ahondado en tres ámbitos. *Primero*, Cristo sigue teniendo afectos, y comunica a nuestros afectos una medida nueva desde el gozo resucitado. *Segundo*, la historia de Cristo sigue abierta, y se entrelaza con nuestra historia, dilatándola como un camino que viene del Padre y lleva al Padre. *Tercero*, Cristo sigue mirándonos desde el corazón, de modo que ve nuestro destino y nos propulsa a un obrar nuevo, ilusionado por sorprenderlo y por dar fruto con Él.

Desde aquí nos preguntamos: ¿qué papel juega Cristo para plasmar los afectos familiares, llenando todo de su alegría? ¿qué momentos hay donde nuestro camino por la vida, hecho de gratitud, de perdón, de celebración, de dolor..., se abre al Evangelio? ¿cómo potencia nuestro trabajo saber que obramos con Cristo, que Él espera de nosotros y que Él puede sorprendernos cada día?

6) Preguntas para el diálogo conyugal

1. ¿Cuáles son las penas que llevamos en el corazón de nuestro matrimonio? ¿Las hemos presentado a Cristo para que las sane desde sus llagas gloriosas?
2. ¿Qué ilusiona hoy a nuestra familia y de qué manera está presente Cristo en esta?
3. ¿Tenemos una misión en la vida de la Iglesia o Familias de Betania que mueva nuestro corazón, para no ser como las vírgenes necias?

7) Preguntas para el diálogo en equipo

1. ¿Cómo lleva Jesús mi familia en su mano? ¿Cómo comparte lo que nos pasa?
2. ¿Qué palabras de Cristo son más relevantes para nuestra situación familiar actual?
3. ¿Qué pasos nos invita a dar el Corazón de Jesús en nuestra vida concreta? ¿Qué proyectos y misiones comunes nos abre?

8) Prácticas

Recitar diariamente o semanalmente en familia la cuarta serie de Letanías al *Cor Jesu* insistiendo en la petición “¡enseñanos a entregar la vida por los amigos!”